



**los tucutucos**  
**ni noticias**



La tercera semana de nuestra persecución con Severiano de los tucutucos, fue la semana líquida. Agua, ahora. Agua a dos baldes, desde un pozo cortado de cañada, a no menos de tres cuadras de las cuevas. Los zapadores vueltos bomberos, esta vez. Entre las galerías y el pozo, quedó el caminito de nuestras pisadas de ida y de vuelta. Pero apenas si al último día se notaba una leve señal de humedad en las gargantas sedientas. De tucutuco, ni olor. La última semana, fue la semana del humo. Nos ingeniamos con el ne-

gro, para robar de casa, la máquina de matar hormigas. Le limpiamos todo rastro de veneno. La trasladamos hasta el lugar de los hechos y allí le hicimos fuego en la olla. Cuando éste levantó llamarada, le echamos yuyos verdes. Ahogados por el humo, dimos fuelle. También aquí, debimos dividir nuestros turnos contando de cien en cien. Horas, dele y dele. De bomberos a bombeadores.

Al ratito empezaba a brotar humo desde quince o veinte bocas a la vez. Tapábamos los brotes con tierra y sur-



Seguimos dele y dele. Al final de aquella semana estuvimos repitiendo mi operación de las trampas. El resultado fue el mismo: al día siguiente, las trampas aparecían enterradas. ¿Enterradas por quién? Pues por los tucutucos. Porque a nadie debe quedarle ninguna duda: en aquellas cuevas había tucutucos. Tan es esta una verdad, que diariamente la tierra de puerta amanecía fresca y removida. Además, todas las medias mañanas y las medias tardes, continuaba oyéndose desde la colonia, el redoble de tambores de los colonos: tucu-tuco... tucu-tuco... tu... tu... tu...

—¿Qué le parece, compañero, si nos dedicamos a algo más reproductivo?

Le propuse, al mes de aquella brega a Severiano, una tarde de sol en llamas, siesta en haber y... nada de tucutucos.

—¿Va a poder más que dos hombres este bicho cometierra?

Fue la salida del negro. Y yo:

—Pueda o no pueda, hace treinta días que estamos derrochando siestas en esto.

Se rascó Severiano la cabeza con tanta rabia, que hasta los dientes se le vieron. Barbotó:

—¡Nunca vi un ciego más emperado!

—Dice tío Sebastián que este bicho ve con los oídos...

—Debe ver hasta con la cola éste... Si es que tiene cola.

—¡Mismo, eh!...

—Hasta muerto, debe ver.

—Bueno, ¿y?

—Y... ¿qué vamos a hacer?...

Si lo único que nos falta es volvernos ratas para entrar en esas cuevas como caños...

Abandonamos la empresa.

Regresábamos derrotados a ocupar nuestras camas antes de que se levantaran los mayores. De por allá cerca de las casas, nos golpeó en las espaldas el ladrido retumbón de los tucutucos.

—¿Oíste?

Le pregunté a Severiano.

—¡Sí, oi!

—Están festejando nuestra retirada.

Y el negro, refregándose la cabeza:

—¡Te juro que me están hirviendo las motas de rabia!...

gían otros. Así, varios días. Humo, salía. Si acaso alguna hormiga medio borracha o una araña despavorida. De tucutuco... ni humo.

—¿Qué te parece?

Me animé al tercer día, a preguntarle a mi compañero. Me respondió:

—¡Duro el apereacito!

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿No nos vamos a ablandar nosotros?

—El que sea blando, que se ablande. Yo pienso seguir hasta el final.

—¿Final de qué?

—¡Del mundo, si se ofrece!

Malo, estaba el negro. Comprometedor, estaba. Vi que no podía aflojar sin el reproche de mi amigo y le contesté:

—A la orden, mi capitán.